

Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos».

Son las últimas palabras que pronuncia Jesús, antes de su Ascensión a los Cielos, fiesta que celebramos hoy.

Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos

Nos promete, y su palabra no puede fallar, su asistencia, su compañía permanente, en nuestras vidas, en el día a día de nuestro trabajo, descanso, relaciones familiares o de amistad. Y también en los momentos agradables o dificultades que trae la vida: ¡siempre!

Una muestra de su presencia la tenemos en la Eucaristía, y en cada uno de los sacramentos. Él se nos hace presente también a través de su Iglesia (¿recuerdas como se define?: la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, es decir: no es visible con los ojos de la carne pero es un cuerpo real y efectivo). Jesucristo actúa a través de su Iglesia, acogiéndonos en la fe desde el Bautismo y también enseñándonos su Palabra, guardando para nosotros su doctrina y proporcionándonos su asistencia directa a través de los Sacramentos.

Pero conviene que esa presencia de Cristo en nuestras vidas sea reconocida, que la experimentemos cada uno en sí mismo porque acudimos a Él habitualmente. Eso sabes que lo conseguimos con nuestra vida de oración, siendo almas que aman a Jesús presente en la Eucaristía y viviendo, tratando de vivir, imitando su vida, su modo de obrar: siendo, como San pablo nos decía, otros Cristos.

Jesús está con nosotros, Él nos lo prometió. Pero ¿y nosotros?, ¿estamos con Él? ¿Procuramos su compañía? ¿Vivimos con Él como la mejor de sus amigas?

Es necesario, para vivir esa seguridad de su compañía, que mantengamos constante el esfuerzo de tratarle. No podemos decir que somos amigas de una persona si no la tratamos, si no nos esforzamos en conversar, preguntarle cómo está, cómo es su familia, saber de sus aficiones, de sus proyectos de vida... En definitiva, la amistad requiere trato: ¡pues con Jesús lo mismo!

En la Escritura se lee que: ***Un amigo fiel es un refugio seguro, y quien lo encuentra ha encontrado un tesoro.***

No olvides que el gran tesoro que tenemos en nuestra vida es la amistad con Jesús. Mira la experiencia de San Josemaría, que podemos hacer nuestra. Decía en un punto de Camino:

Me has escrito, y te entiendo: "Hago todos los días mi «ratito» de oración: ¡si no fuera por eso!"

Y el pasado miércoles, el Papa nos alentaba a no dejar nuestra amistad con Dios a través de la oración. Nos decía:

La oración es la primera fuerza de la esperanza. Tú rezas y la esperanza crece, avanza. Yo diría que la oración abre la puerta a la esperanza.

Los hombres y mujeres de oración llevan en sus rostros destellos de luz: porque incluso en los días más oscuros el sol no deja de iluminarlos. La oración te ilumina: te ilumina el alma, te ilumina el

corazón y te ilumina el rostro. Incluso en los tiempos más oscuros, incluso en los tiempos de dolor más grande.

Vamos por eso a hacer el propósito de no abandonar ningún día nuestro rato de oración. Y lo hacemos junto a María para que nos ayude a perseverar. El Prelado del Opus Dei, Monseñor Ocariz nos decía recientemente, refiriéndose a nuestra Madre:

San Lucas dice de la Virgen: “Conservaba todas estas cosas -las que se refieren a Jesús-, meditándolas en su corazón”. María reza: su conversación con Dios es contemplación y diálogo de amor. Es amistad con Dios.